se prepara y corresponde, al que tiene el corazón más limpio. La vida espiritual, como es gracia y crecimiento de gracia, es amor de Dios y crecimiento de amor de Dios y sólo Dios puede dar su gracia y su amor; quiere darlo a todos, pero sólo los limpios de corazón pueden recibirlo. El alma que ama a Dios vive vida de Dios; el alma más limpia y más pura tiene más vida de Dios, porque tiene más gracia y amor; tiene más plenitud de vida espiritual.

Lo propio de los conventos es vivir fuera del mundo sin apego y casi sin contacto con el mundo y sus bienes, para vivir perfectamente la vida espiritual y del todo entregados a Dios. Yo, religioso, si lo soy de verdad, irradiaré de mí al mundo vida espiritual, deseos de Dios y virtudes. Es lo que falta al mundo y quiere el Señor dárselo por mí, con mis virtudes y santidad. Yo no voy a enseñar al mundo ni trato social ni delicadeza en sus modales ni medios para adquirir bienes; eso ya lo tiene el mundo. Pero si yo no vivo intensamente la vida espiritual y las virtudes, tampoco podré irradiarlas y no estoy en el puesto que Dios quería de mí, ni soy fiel a mi consagración ni hago la voluntad divina.

En el Profeta David leo esta hermosa verdad: *Amé, Señor, la hermosura de tu casa*; y porque la amó dice que *le revistió de grande gloria y esplendor.* Dios quiere hacerme participante de su vida y de su amor. En el retiro puedo vivir a Dios según sea mi voluntad. A mayor retiro de todo lo mundano, a más perfecto despego de estos bienes de tierra, corresponde una más perfecta entrega a Dios y será más intensa la vida de amor que de su mano

reciba, porque la casa de mi alma, donde Dios mora, está más limpia y más transparente el corazón.

169. La vida perfecta produce la felicidad, y la felicidad es vivir la vida de Dios. Sólo en el cielo se puede vivir la felicidad perfecta, porque sólo allí se tiene la visión de Dios y la seguridad de no perderla. Pero recordaba antes que donde Dios está por amor está el cielo, y que «es el alma del justo un paraíso donde Dios se recrea». Si yo amo a Dios, El me amó desde la eternidad con un amor infinito que no puedo comprender y actualmente me ama para hacerme cielo; porque me ama y me quiere hacer cielo me ha traido Consigo al convento, se me da, me da su vida, me da su amor y pone su poder a mi disposición. Me ama y cada día quiere mostrarme más su amor hasta la consumación en el cielo.

Soy centro desde donde Dios lo dirige todo y gobierna los astros, encauza los elementos y da hermosura y claridad a todas las cosas bellas. Si Dios *llena el cielo y la tierra*, llena también mi alma con su presencia. La vida de Dios es entender y es amar. La vida eterna es conocer en amor gozoso a Dios y a Jesucristo. La vida del cielo es vida eterna y es vida de sabiduría, de conocimiento, de amor y felicidad. Esta es, Señor mío, la vida eterna de la cual me habéis dado tan grande sed. Por esto tengo insaciable sed de Vos, hasta que os vea y posea sin velo. Os amo en mi convento y a solas con Vos, pero a través de los velos, que acrecientan mi sed. ¿Cuándo os amaré ya en la visión clara de vuestra luz?

En el cielo todo es luz, hermosura, alegría y cántico triunfal del amor. En el cielo todo es transparencia y compenetración de caridad; todo allí lo iluminan y embellecen los hermosísimos y amorosísimos ojos de Dios. En el cielo todos se miran y se ven y se gozan en la esencia de Dios, y todo lo comprenden en su entendimiento y sienten todos los fulgores de gozo en su amor.

Deja, alma mía, que otros sueñen y pierdan el tiempo leyendo quimeras de narraciones fantásticas o locas, cuentos disipados de la imaginación narrados con belleza de dicción por hombres soñadores de humanos amores y fantásticos enredos; atiende tú y enciérrate con esta divina realidad de tu Dios y piensa: «Dios infinito está en mí; Dios infinito, belleza y hermosura sobre toda la belleza y hermosura que puedan soñar los hombres, está en mí; Dios, el criador de todo y la alegría de los ángeles está en mí amándome y llenando mi alma, dándome de su hermosura, inundándome del suavísimo bálsamo de su alegría, iluminándome con la claridad de su luz.» ¡Oh mi Dios, quiero que todo mi amor sea para Ti! ¡Quiero sólo atender a Ti! ¡Enséñame a tener obras, afectos y aspiraciones de tu luz y alegrías y deseos de tu amor! No permitas que realice yo jamás en tu presencia acciones de oscuridad o fealdad. Perdóname, Señor, el mal que realicé en tus mismos ojos cuando ni me fijaba ni te conocía. Ciego por la afición y complacencia del apetito, no te veía. Borrad de mi alma toda mancha pasada.

170. Dios es tan soberana belleza y tan inefable y gozoso bien para el alma, aun en esta vida, que

con razón se ha dicho se pueden desear pasar las mismas penas del infierno por sólo verle un momento y después de haberle visto se tendrían esas penas como nada ante tanto bien y se desearían volver a pasarlas para verle de nuevo. Dios es una tan soberana y altísima hermosura, un tan incomprensible, sumo y fascinador bien y felicidad tan perfecta que sólo El mismo puede comprenderse. Y todo ese bien y toda esa hermosura están en mi alma. Es lo que hará de mi alma un cielo si yo me recojo y lo busco y lo pido y me retiro de lo demás. Dios mío, que te vea mi fe, que te acompañe mi esperanza.

Gozo en leer este maravilloso pensamiento de San Anselmo: «No sólo sois, Señor, aquello que no se puede pensar cosa mayor, sino que sois aquello que no se puede pensar. Porque si se pudiese pensar alguna cosa que fuese como Vos, y que Vos no la tuviéreis, ya se podría pensar algo mayor que Vos, lo que es imposible.» Porque la infinita perfección es tal acumulación de todo bien y de toda hermosura y amor actual, sin mezcla de ningún mal, que ni vuestro mismo entendimiento infinito puede pensar nada mayor que vuestro mismo ser perfectísimo en toda perfección, ni nada que no hayáis tenido siempre o que en algún momento no lo tengáis. ¡Y todo eso está en mi alma, me mira, me ama, me da el ser, se me ofrece, quiere dárseme y ponerse en mí en amor infinito! ¡Oh grandeza y dicha del alma que os ama! ¿Cómo va a haber bien comparable a este bien? ¿Cómo se puede dejar de desear poseer este bien? Leemos de algunos reyes y de muchos grandes, y hoy lo vemos en España de muchos ricos,

sobre todo mujeres, que lo dejaron todo por entregarse del todo a Vos, porque todo lo tenían por nada comparado con Vos, y experimentaron que realmente todo era fealdad ante vuestra presencia aun aquí en la tierra, y gozaban de haberlo dejado todo y mucho más que hubieran poseído, como San Arsenio en su soledad.

Yo he venido a amaros, y para amaros con todo el corazón lo dejo todo, todo y a mí mismo. Y espero veros ya glorioso en el cielo; pero mientras tanto estáis en mí y yo con Vos aquí dentro de lo íntimo mío. Tan grande, tan inmenso, tan hermosísimo, omnipotente e inefable como sois, sé ciertamente por la razón y por la fe que estáis ahora aquí en mi celda, en mi soledad, en lo íntimo del alma mía, como estáis en el cielo, porque estáis en Vos mismo, pero estáis escondido. Ahora no sienten mis sentidos ni mis potencias los efectos gozosos de esta realidad divina, pero no por eso es menos cierta ni puedo dudar de que estáis en mí el mismo que sois en el cielo, el mismo que allí gozaré en eterna felicidad. Cuando me recojo dentro de mí mismo en Vos, cuando os mira mi alma con mirada de fe, cuando os acompaño y os hablo en silencio, sé que sois el mismo infinito que estáis en el cielo. Entonces veré y sentiré que me ilumináis y hermoseáis, ahora sé qué maravillosa y secretamente me miráis y enriquecéis.

171. No importa vengan sobre mí tentaciones y espesas tinieblas de temores; no importa sufra en oscuridad y terrible aridez de espíritu y me parezca estoy abandonado y que no estáis conmigo. Sé,

porque con toda certeza me lo enseña la fe, que estáis en mí, infinito y perfectísimo; que estáis en mí haciendo vuestra obra de amor; que estáis en mí con la misma realidad con que estaréis en el cielo, aunque con distintos efectos. Sé que me amáis; yo quiero amaros con todo mi amor y tener obras de amor. Quiero ser alma de oración, de virtudes, de recogimiento, de intensa vida espiritual. Gozo pensando que me estáis llenando.

No da Dios el conocimiento de la presencia suya y de su ser según el ansia que se siente de saber y de ciencia, sino según la sed que se tiene de amar y de ser humilde y hacer la voluntad divina.

Por esto vemos nada hay de mayor encanto y gozo que las vidas de los santos. El alma de los santos era un astro ya iluminado y embellecido con el amor y la luz de Dios; aun viviendo en la tierra era ya cielo. Se veían llenos de Dios y veían a Dios en su interior. Su alma era jardín florido en toda belleza y hermoseado por la mano de Dios.

Quiero ahora compenetrarme yo también de tan esclarecida verdad, muy repetida en la Sagrada Escritura y muy ilustrada con los efectos que los Santos sintieron, vivieron y nos describieron. Es lo maravilloso y grande de la vida de gracia que quiere el Señor vivamos.

David, impresionado por esta verdad de la presencia de Dios, exclamaba: *Séale agradable al Señor mi alabanza, pero yo sobreabundo en gozo porque estoy en el Señor*. Y en otro Salmo: *Mi alma rebulle de alegría en el Señor y se deshace en gozo de su Salvador*. Y en otro se expresa así: *Mi alma suspira y padece deliquios, ansiando estar en los*

atrios del Señor. Transpórtanse de gozo mi espíritu y mi corazón contemplando al Dios vivo. Y recogido con confianza en el Señor añade en otro: *Solázate en el Señor y te concederá cuanto tu corazón le pidiere.*

Esta misma verdad admiraba el Santo viejo Tobías diciendo: *Y yo y el alma mía, me regocijaré en El.*

Encuentro mi fortaleza en repetir esta verdad: Dios está en mí; Dios me llena; Dios obra en mí su obra por modo maravilloso. Soy cielo, pero todavía no lo soy glorioso. Soy cielo, porque el amor de Dios es la luz y la vida del cielo. Y Dios le llena de su gloria. Y Dios está en mí; y Dios me llena; y Dios pone en mí su amor infinito. ¿No me he de gozar estando en el Señor y habiendo puesto Dios en mí su morada? Quiero repetir las palabras de San Pablo meditándolas: *En Dios vivo, en Dios me muevo, y estoy en Dios y Dios está en mí.*

172. Alma mía, ¿por qué te dejas llevar de la zozobra y de la tristeza? ¿Es que no crees estas verdades? ¿Es que no viniste expresamente para eso al convento y no sabías que te encerrabas con Dios para siempre, porque no había ni podía haber nada más alto ni más meritorio en la tierra que este dulcísimo encerramiento donde Dios será tu vida y tu compañero, y tu Padre, y tú serás morada de Dios y hecha un amor con su mismo amor? ¿Es que puede haber compañía o dulzura de amor comparable a este de Dios? Aquí encontraron las almas fieles sus delicias y aquí las santificó Dios y las hizo amor divino.

No dudes, alma mía, que aquí las encontrarás tú si quieres y te determinas. No hay verdad más cierta que la enseñada por la fe, aun cuando no se vea con claridad. Santo Tomás, en el momento de recibir los últimos Sacramentos, prescindió de la penetración de su ciencia y dijo de la Eucaristía: «Si fuera posible que hubiera ciencia más cierta que la de la fe, con ella expresaría mi creencia.» Esta fe con toda certeza me dice: *Dios está en ti; Dios está obrando continuamente su obra en ti.* Dios mío, que no impida yo tu obra de amor en mí con mi infidelidad, disipación o maldad. Obrad en mí, os suplico, vuestro amor.

Cuando rezo, cuando oro, cuando amo a Dios, no hablo y me comunico con un ausente o distante; hablo a Dios presente, me comunico y confío a Dios, que está en mí; le hablo muy al oído, como una confidencia que se hace al ser querido. Y Dios, infinito e inmenso, pero Padre mío amorosísimo, me atiende y me ve. Todo cuanto realizo o pienso, todo cuanto deseo, lo obro en Dios; por eso todo debe ser limpio y santo. En el templo de Dios todo debe cantar su gloria en limpieza y santidad. Debo ser santo como Dios es santo y amarle como El me ama.

173. Ni es obstáculo para impedir esta obra de amor de Dios en mí el que mi espíritu esté en la más desolada aridez o padezca tentación de cualquier clase; ni lo es que esté como insensible ni se me ocurra nada ni brote de mí un afecto y hasta me parezca ha perdido la fe por mí misma insensibilidad. Aun cuando las piedras estén frías y el hierro

esté duro, el sol ni deja de dar luz y calor hasta calentar la piedra y el fuego no deja de quemar hasta derretir el mismo hierro; por un modo más alto Dios no dejará de obrar en mí su obra de amor y de santidad mientras yo no me retire de Dios.

Precisamente en este tiempo de aridez y de tentación obra el Señor con especial providencia, porque todo viene dirigido por El para bien de mi alma. No debo alejarme del Señor ni disminuir mi oración, ni mi presencia de Dios, ni mi súplica, antes debo permanecer quieto en el Señor y lo más atento que pueda, callado, dejando que el Señor me empape de Sí mismo, viviendo la fe y, si se me ocurre, diciéndole: «Sé, Dios mío, que estás en mí y me estás comunicando tu gracia y tu amor; sé que estás embelleciendo y enriqueciendo mi alma por modo maravilloso, que yo no comprendo; bendito seas.»

El vuelo de la fe prepara el alma para recibir la sabiduría de amor de Dios. Cuando estoy insensible y tentado, no tengo nada más que mirar a Dios, creer a Dios, esperar en Dios y estar a la disposición de Dios. Esa oración es la más provechosa, y esa lucha, que parece pasiva, trae la más gloriosa victoria, porque en ella Dios toma posesión del alma y el alma de Dios. Fortalecedme, Dios mío, y tomad posesión total de mi ser. Con renovado gusto repito con tu Profeta: *Alegrarme he por los días en que tú me humillaste, por los años que sufrí miserias. Vuelve los ojos sobre tu siervo y esta obra tuya y dirige a este tu hijo. Y resplandezca sobre mí la luz del Señor Dios mío y endereza las obras de mis*

manos y da buen éxito a mi empresa. Maravillosamente me lo resume mi Santo Padre en su poesía:

> Porque si de luz carezco
> Tengo vida celestial.

Aun cuando me falta lo sensible del afecto, que agrada al sentido y gusto, tengo a Dios y su amor, que es la riqueza y hermosura del alma. Dios me tiene en sus manos labrándome y haciendo en mi alma las filigranas y primores que yo no comprendo. No dejéis, Señor, de labrarme sin mirar a que yo no lo comprendo. No dejéis, Señor, de labrarme sin mirar a que yo no lo comprenda o me parezca estoy perdido y pierdo el tiempo. No quisiera mirar a los afectos y a lo sensible, sino a Vos. Las plantas están quietas los días de sol y los nublados días de agua y se desarrollan bellas y lozanas recibiendo el sol y empapándose de agua en los días oscuros.

174. Quiero permanecer sostenido y enseñado por la fe. La fe me dice que Dios excede a toda imaginación y a todo concepto criado.

Cuando me desaliento y dejo llevar de la tristeza y desconfianza en la presencia de Dios o en la oración, porque no se me ocurre nada, porque se me hace pesado el tiempo, porque no siento afectos fervorosos, porque no siento ternura, porque no tengo reflexiones, ni palabras ni aun sé pedir, porque está mi imaginación paralizada o insumisa y todo yo como insensible y falto de fe y de espíritu, no obro según la enseñanza de la fe. Es quizás entonces cuando más crece el alma en la gracia y cuando Dios la infunde más amor.

Porque no está la mejor presencia de Dios, ni la santidad ni el agradar más a Dios en el afecto, sino en la fidelidad. Quiere el Señor que entonces actúe solamente la fe a ciegas. Dios está sobre toda palabra, sobre todo concepto y sobre toda imagen. Mientras pueda y me ayuden y enfervoricen, debo servirme de ellos y dar gracias a Dios porque me los da. Las ideas, los afectos y las imágenes son imágenes desproporcionadas de Dios. Cuando le miro sólo con estas imágenes e ideas le rebajo y empequeñezco, aunque debo aprovecharlas mientras pueda porque son medios y caminos para ir a Dios.

La idea no es la realidad de Dios, sino solamente una imagen muy desproporcionada y borrosa para levantar el espíritu y desear y procurar vivir la realidad más alta y sobrenatural. Cuando el Señor me las quita, me quedo sin imágenes, pero me quedo en la realidad verdadera y altísima enseñada por la fe, aun cuando sea oscura, silenciosa y muy superior a mi entender. La fe me dice que Dios es el infinito en toda perfección y el infinito verdadero no puede imaginarse. Sé con toda certeza, por la fe, que Dios en cuya comparación todas las cosas criadas son como nada; que Dios, el que ha criado todos los seres y es sobre la creación y sobre todo entender criado, está en mí. Sé y creo que está en mí obrando su obra, aun cuando no pueda sentirle; obra tanto más alta y hermosa cuanto menos la comprendo y siento por su misma perfección. Dios no es imagen o figura; Dios no es palabras ni idea; Dios es infinita realidad, poder infinito, hermosura infinita, amor y bondad infinitos; y está en mí de modo maravilloso y está obrando.

Dios, el sumo acto de entender y de amar, está siempre en la actual actividad infinita; y está en mí, y está en mí amándome y exhortándome a que le ame; de este amor depende mi felicidad. Dios es infinita hermosura sobre toda claridad y está en mí embelleciéndome. Yo no tengo nada más que atender a El amorosamente y dejarme llenar y amarle. ¡Estoy en Dios! ¡Dios está en mí!

Agradable es el sentimiento afectuoso, pero esta presencia y recuerdo en fe, oscuros y amorosos, santifican más el alma, enseñan más, agradan más a Dios y expresan mejor su verdad. Obrad, Dios mío, en mí, aunque no os sienta, ni sepa hablaros, ni aun pueda comprenderos ni tener ideas concretas y detalladas de Vos. En ese silencio de todo, obra Dios directamente en la esencia del alma, sin intervención de los sentidos; y es natural que los sentidos, al estar ociosos y como menospreciados, sientan pesadez y cansancio. Es aquí cuando Dios comunica especialmente el amor y aumenta la fuerza del alma para que, robustecida, practique más perfectamente las virtudes.

175. El cielo está sobre lo terreno y sobre cuanto pueden soñar los hombres. Dios está haciendo aquí del alma un cielo, pero sin los resplandores y gozos del cielo. En este íntimo silencio del alma y soledad de cielo no han de resonar ruidos de mundo, ni de imaginaciones impertinentes, ni aun de pensamientos propios. En este silencio pone Dios sus armonías y la verdad de su vida infinita según la preparación del alma. La Virgen Santísima vivió en una admirable y sobrenatural soledad y en silen-

cio de cielo aun en medio de los gritos y denuestos que se oían en el Calvario al pie de la Cruz. Mi alma os espera, Dios mío, en este silencio de todo mi ser con más sed y mayores ansias que nunca; para recibir vuestra venida se recoge en sí misma con Vos solo y a solas. Se recoge con toda diligencia.

En este silencio, y con esta aridez de mis potencias y afectos, sois ahora, en la soledad de mi convento y de mi celda, el mismo que luego me seréis glorioso en el cielo y que estáis siendo la felicidad y la sabiduría de todos los ángeles y bienaventurados. Por esto me recojo en Vos y, sin ver nada, os miro infinito y todo hermosura; por eso os acompaño y quiero darme del todo a Vos, como me daré en el cielo, y no separarme en nada de Vos. Os miro dentro de mí y me miro dentro de Vos.

Dentro de sí os miraba mi Santa Madre Teresa y me decía que os mirara yo dentro de mí. Vos la dijísteis que os buscase dentro de ella y se buscase ella dentro de Vos. Esto mismo quiero yo hacer. Os miraba admirada con soberano acatamiento como infinito y como a la hermosura y verdad misma. Llenándola de vuestro inefable gozo cuando se miraba como una esponja toda empapada en la divinidad la dijísteis esto que debo yo también procurar: «No trabajes tú de tenerme a Mí encerrado en Ti, sino de encerrarte Tú en Mí.» Quieres, Dios mío, estar siempre empapándome en Ti y en tus perfecciones. Bendito seas. Yo quiero amaros siempre y con todas mis fuerzas.

176. Si Vos estáis en mí, como lo estáis, con más perfección que estoy yo en mí mismo; si Vos

estáis en la esencia de mi alma por esencia, presencia y potencia y además por amor de amistad y beneplácito, y estáis perfectísimo y produciendo siempre bienes, yo estoy envuelto en Vos y en la suma hermosura y suma bondad. En mí y dentro de mí está el reino de los cielos y la vida eterna, como nos enseñásteis en el Evangelio. Si estoy en vuestra amistad por la gracia, y estoy en Vos, ¿quién me impide mirarme como en el mismo cielo, pero sin los efectos gloriosos y de felicidad?

Puedo soñar una hermosura, y un amor y una felicidad, que absorba toda mi atención y me llene de incontenible gozo. Puedo soñar una dulzura y contento sobre todo lo conocido y oído que con su encantamiento haga pasar el tiempo sin sentirlo. Una piadosa leyenda fingió todo esto en la suavidad y belleza que un monje encontró escuchando un pajarillo o unas armonías, y creyendo que sólo había estado durante unos momentos absorto en tan gustoso regalo, echó de ver que habían pasado trescientos años. Todo esto se puede soñar. Pero la dichosa realidad es que Dios de tal manera supera en hermosura y en dicha a cuanto se puede soñar que toda hermosura y todo amor soñado, por encantadores y atrayentes que sean, son pura fealdad comparados con El. Dios es la hermosura infinita y el amor infinito y la sabiduría infinita. ¿En qué puedo yo poner mi pensamiento o mi corazón y mis potencias y sentidos que produzca tanto contento y gozo que me haga feliz para siempre? ¿Ni qué encanto puede compararse con el encanto de Dios poseído y gozado aun en la tierra cuanto más en el cielo?

Y Dios está en mí, me llena y estoy más que em-

papado en El. No tengo nada más que cerrar los ojos y verme todo sumergido y embebido en tanto bien; y sé con certeza ser así, aun cuando en la tierra no lo sientan los sentidos y esté sintiendo los efectos de la aridez. Sé por la fe que Dios me llena. Sé que dentro de mí está el reino de los cielos y la vida eterna, y que a su tiempo, en el cielo por la visión gloriosa de Dios, se hará sentir en mi alma y en todo mi ser. Entonces de tal manera seré feliz que nada desearé que no posea; que todo cuanto posea me llenará de contento y felicidad; que siempre se estará renovando en mí esta dicha con inesperada novedad; que cuanto desee será bueno y participación del sumo bien; que lo poseeré en Dios poseyendo a Dios.

Quiero, Dios mío, pensar en sólo Vos, porque en nada más bello, ni más grande ni más encantador y amable puedo pensar. Quiero totalmente ser vuestro y estar ofrecido a Vos.

Esta es mi vida de buen religioso; esta mi vida en el convento.

177. Soy la nada y Dios es el todo, y, en amor inmenso, ha envuelto mi nada en su todo. Soy la oscuridad y Dios la luz y ha querido envolver mi oscuridad en su luz para hacerme luz. Soy la criatura y Dios el Criador que me está continuamente dando el ser que tengo y haciéndome participante de El mismo. Soy un átomo invisible y Dios me contiene e ilumina en su inmensidad y belleza.

Me dice la ciencia de los hombres que no sólo millones, sino cuatrillones de astros marchan veloces, llenos de fulgor, sobre nuestras cabezas, colga-

dos en el vacío por la omnipotencia de Dios y cantando la gloria del Criador que los ilumina. Si yo vivo a Dios por la gracia y el amor, soy como pequeñísimo astro sostenido e iluminado por El y debo cantar continua alabanza en compañía de todos los espíritus bienaventurados.

El reino de Dios está dentro de mí y la vida eterna está en que yo conozca a Dios y a Jesucristo, su enviado, en conocimiento de amor.

Sabemos que en el cielo todo es limpieza y hermosura, todo es armonía y amor. En el cielo todo refleja a Dios, porque todo es vida de Dios y todo canta en bienaventuranza la gloria de Dios. El Señor lo llenó todo de la luz purísima y feliz de las lámparas inextinguibles de sus atributos. Dios quiere reflejarse amoroso en este cielo de mi alma y embellecerle con la purísima luz de su verdad y su amor. Todas mis acciones, todas mis aspiraciones, pensamientos y afectos deben ser limpios con limpieza de cielo para que reflejen luz y alegría de cielo. Yo, dice el Señor, lleno de mi gloria el cielo y la tierra y hace del «alma del justo un paraíso donde El se recrea» entre las flores y aromas de celestiales aspiraciones.

¿Qué puede dar el mundo y qué los bienes terrenos con sus ilusiones? ¿Qué pueden alegrar los pasatiempos y alegrías inventadas por los hombres para divertirse? ¿Qué contentos se hallarán en los sabores del paladar, por refinados que sean, que puedan compararse con estos bienes, y alegrías y contentos que Dios pone en el cielo del alma que se le ha entregado de verdad? Porque nada hay que pueda com-

pararse con Dios, ya que *Dios a vida eterna sabe y a esencia divina.*

Y el tiempo de las arideces, de las pruebas y de las tentaciones es el tiempo de la preparación del alma para recibir otros bienes más delicados y de atesorar tesoros para adquirir goces divinos.

Con todo esto me encierro cuando me recojo con Dios. Todo este mundo de altísima y delicadísima belleza tengo dentro de mí cuando me abrazo con Dios y pongo mi atención a El. Este es el inapreciable tesoro de la presencia de Dios.

178. Mi Santo Padre me exhorta por todos los medios más convincentes a vivir este recogimiento y en esta hermosura sobrenatural y a esperar en Dios. Mi mirada debe tender continuamente hacia dentro, donde está la luz inextinguible, donde está la belleza y riqueza imperecedera. Me lo sintetizó en estos cuatro versillos:

Olvido de lo criado,
Memoria del Criador,
Atención a lo interior,
Y estarse amando al Amado.

Esto hicieron los Santos y por ello vivieron a Dios en la tierra. Mi Santa Madre, además de decirme que una sola lágrima vertida en amor de Dios no puede comprarse con todos los tesoros del mundo y que un instante de gozo en Dios que sienta el alma en la oración vale más que mil mundos y que todos los goces de acá, comparando los contentos del mundo con los de Dios, exclama: «Allá se aven-

gan los del mundo con sus señoríos, y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras y con sus manjares; que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo, lo que es imposible, no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que *no son dignos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos*; yo digo que no son dignos ni pueden merecer una hora de esta satisfacción, que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite.»

Ella misma nos dice que no pudiendo resistir el sujeto tanto gozo, se ponía a par de muerte, y aconseja: «Gócese de esos gozos; admírese de sus grandezas; no tema de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural; muérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienaventurada tal muerte que así hace vivir!»

Y Fray Luis de Granada me dice con la hermosura que sabe decirlo: «El ánima que ya una vez aprendió del Señor a entrar dentro de sí misma por su presencia y gozar de ella en su manera, no sé si tomaría antes por partido padecer por algún tiempo las penas sensitivas del infierno que ser desterrada y carecer de la dulzura de estos pechos divinos y quedar obligada a volver a buscar recreaciones sensuales en las cosas humanas.»

No menos impresionantes y admirables son las descripciones que nos hacen de lo que en sí mismos sintieron San Jerónimo y San Bernardo y tantos santos más, poniendo en ellos ansias y deseos de esforzarse con el mayor empeño por vivir la vida interior espiritual; porque del esfuerzo del alma de-

penden casi totalmente las misericordias que el Señor derrame dulcemente sobre ellas.

Pero a mi pobre modo de ver muy pocos me explican tan maravillosamente estos gozos y deleites, estos abrasamientos y dulzuras que el alma siente en estar con Dios y andar amorosamente en su continua compañía, como San Juan de la Cruz. En todos sus tratados lo dice, y más concretamente explicando, en *La Llama de amor Viva*, cómo la comunicación de amor que el Señor hace sentir al alma.

A vida eterna sabe
Y toda deuda paga

me enseña que el alma, en el sabor de vida eterna que aquí gusta, no sólo se siente pagada al justo, pero con muy grande exceso premiada de sus obras y trabajos, y por cada sufrimiento pasado siente ahora ciento y tanto de consuelo y deleite en esta vida; la presencia de Dios y su mirada de infinito amor destilan sobre el alma que la vive bálsamo purísimo del cielo, bálsamo que la envuelve y empapa en felicidad y llena de armonías dulcísimas y más suaves que las de la tierra. Tanta dulzura y regalo sólo pueden producirse por la mano del Señor en el cielo del alma y después de la muerte en el cielo que esperamos y nos ha prometido.

179. La mayor o menor intensidad en la presencia de Dios produce la más perfecta o menos perfecta vida espiritual, porque según es la presen-

cia de Dios en el alma es el amor que tiene el alma a Dios y las virtudes que practica.

Esto me dice algo de la admirable e incomprensible grandeza de la vida espiritual a que el Señor me ha llamado al convento y a mi retiro de religioso. Esto me dice algo de lo que es Dios para el alma: belleza sobre toda belleza; sabiduría, amor y gozo sobre toda sabiduría, sobre todo amor y sobre todo gozo. Este es un tenue rayo del inenarrable deleite que Dios hace sentir al alma que vive de verdad el recogimiento y retiro del convento y de la callada celda o el más profundo silencio y retiro de la soledad, cuando habiendo dejado todas las cosas y habiéndose negado o sobrepuesto a sí misma en la mayor pobreza espiritual y temporal dice al Señor: «Ya estamos, Señor y Dios mío, Vos y yo solos; solos y a solas; ya estamos en perfecta soledad; ya soy toda vuestra y sólo para Vos. Y Vos sois para mí. Vivo en vuestra presencia; me empapa e ilumina vuestra gracia, me enriquecéis y hermoseáis con vuestro amor, queréis que viva vuestra vida misma, y esto mismo quiero yo. ¡Qué infinitamente bueno sois, Dios mío y todo mi amor! ¿Cómo no ha de sentirse llena de alegría y gozo el alma que está con Vos y trata continuamente con Vos? Si donde estáis Vos está toda vuestra corte, ¿cómo no ha de sentir alegría de cielo y suavidad de cielo y armonía de cielo el alma que ha sido hecha ya cielo por vuestra amorosa presencia? ¿Cómo no ha de dar alegría y luz para mí mi retiro y tanta mayor alegría y más clara luz cuanto esté más a solas con Vos?»

He leído que el matemático Einstein, ya viejo,

gustaba de estar solo y encontraba sus delicias en el estudio de las ecuaciones matemáticas. Si un hombre dejaba todo lo demás por el gozo que encontraba en conocer el valor de la incógnita matemática, ¿qué gozo y qué deleite no produciréis Vos en el alma que se os ha ofrecido totalmente y no sólo lo ha dejado todo por Vos, sino que se ha renunciado también a sí misma por Vos? ¿Qué gozos tan delicados no pondréis Vos en el alma que ha llegado a vivir en perfecta soledad exterior e interior? Esta tal alma eliminó todos los términos y encontró el infinito valor de la infinita bondad y hermosura de Dios.

Habiendo dejado su rica casa, se retiró a la soledad del Carmelo, en Jaén, la Hermana Isabel de San José. Acostumbraba a vivir muy sumergida en Dios; acompañándola las religiosas en su última enfermedad, las decía muy cariñosamente: «Déjenme sola, hijas, que me privan de mucho bien.» Tanto gozaba en estar con Dios a solas.

Sé por la experiencia que la atmósfera que me rodea y el aire que respiro están llenos de armonías y de ondas sonoras de cadencias distintas y variadísimas enviadas al espacio por infinidad de radios emisoras desde todas las partes del planeta; pero mi oído no puede percibirlas si no me ayudo de receptores aptos para recogerlas y dármelas ampliadas. Esto sucede en lo material y con los inventos de los hombres. ¿Qué no habrá de maravilloso e insospechado en lo sobrenatural y espiritual? ¿Qué no comunicarán la sabiduría y la omnipotencia infinitas de Dios? ¿Qué maravillas no estarán envolviéndonos y resonarían en nuestro espíritu si estuviéra-

mos perfectamente purificados y unidos a Dios? ¿Qué admiración produciría en el alma si percibiésemos los prodigios y grandezas espirituales que nos envuelven en la inmensidad de Dios y en sus bellezas y en sus armonías infinitas? ¿Y cómo saldría el alma de sí misma si viera al mismo Dios infinito en que está? Y todo esto sé que es verdad y se da en mí; me lo enseña la fe, aunque la oscuridad de mi ignorancia e impotencia no pueda aún percibirlo. Lo percibiré y viviré más tarde; pero ahora sé ciertamente que estoy envuelto en estos prodigios espirituales que Dios obra en mí, porque sé que estoy en Dios y Dios está en mí. Los santos conocieron por especial misericordia de Dios algo de esto y quedaron maravillados.

180. Enséñame, Dios mío y Padre mío, a dejar todas las cosas terrenas y a salir de mí mismo. Enséñame a vaciarme de todo y de mi amor propio. Enséñame a sobreponerme a todo, y a mis sentidos desordenados y a mis imaginaciones locas y a mis ambiciones desmedidas para que pueda recogerme totalmente en Ti y seas Tú para mí la luz, el gozo, la hermosura y la felicidad como lo eres para todos los que te amaron. Yo quiero amaros y vengo al retiro y soledad para ocuparme sólo de amarte con todas mis fuerzas, y para siempre.

Gozo, oh Dios mío, porque estoy ofrecido a Ti y sé que estoy en Ti y Tú estás en mí. Gozo mirándome en tu presencia y viéndome amado de Ti, lleno de Ti, sumergido en Ti. Gozo considerando que por los atributos de tu simplicidad y de tu inmensidad estás todo en mí y todo en todos los seres; es-

tás en mí, en lo íntimo de mi ser, como centro de la gran esfera de la creación visible e invisible, de donde salen todas las armonías del universo y todas las luces de bienaventuranza que hacen felices a los bienaventurados; centro que está en todas las partes de esta inmensa esfera lo mismo que en mí, porque en todas está todo y totalmente. Desde este centro de mi ser, das la existencia, la vida y las perfecciones a todo cuanto existe como la envías desde el astro que está a miles de millones de años de luz de distancia, pues en todas partes estás infinito e indivisible; desde mí diriges todos los astros, mueves todos los elementos, creas todas las armonías, iluminas todas las luces, embelleces todas las hermosuras, alientas a cuantos seres tienen vida, mueves los corazones, das capacidad a las inteligencias, comunicas la vida sobrenatural con tu gracia a las almas buenas, animas con la esperanza de la gloria eterna, haces participante de Ti mismo a las almas que lo desean elevándolas a vida sobrenatural mediante la gracia e inflamas las almas llenándolas de virtudes con tu amor. Gozo pensando cómo todas las bellezas, todas las grandezas y todas las armonías de todos los astros y de todos los seres vienen a cantar tu gloria a Ti, Creador de todos y que estás y permaneces siempre en mi alma. También mi alma quiere cantarte estando atenta a Ti en tu compañía.

Gozo pensando que aquí, en mi alma, recoges los dulcísimos afectos del alma purísima de la Virgen mi Madre, y aquella otra armonía de sin igual belleza, la primera y el manantial de todas, la armonía del amor y de la santidad y alabanza del alma y de

la Persona de Jesucristo, el cual te presenta toda la creación visible e invisible, y yo, que soy nada, gozo en ofrecerme a Ti por sus manos y en ofrecerte esta Divina Persona como alabanza y obsequio mío de amor y su Encarnación y Pasión en holocausto de expiación por mis pecados, pidiéndote por ella mi salvación y tu gracia. Esta riqueza que Jesús me regala cubrirá mi pobreza y saldará mis cuentas deficientes.

Quiero vivir a solas en tu compañía, todo amor, mirándome en Ti. Quiero estar atento y admirando tanta dicha y tanta majestad, sabiduría y bondad. En verdad eres mi cielo, haces de mi alma un cielo y serás mi felicidad en tu cielo. En verdad eres mi Dios y todas mis cosas, pues en Ti lo hallaré todo, y mi gozo es ininterrumpido repitiendo con David: *Mi gozo es que estoy en Dios*; o con el profeta Habacub: *Yo me regocijaré y sal:aré de gozo en Dios mi Jesús*; o con Tobías: Mientras llega el día del cielo *yo me gozaré en El y El será la alegría de mi alma.* Dios está en mí y me ama. Yo estoy en Dios y le amo. ¡Soy amada de Dios!

Mi Santa Madre veía en Ti la hermosura tuya que Tú la mostrabas y parecíanla después feas todas las hermosuras de la tierra, que antes admiraba, comparadas con la tuya.

181. Oh bendito retiro y silencio de mi convento, que me permites contemplar y acompañar continuamente a mi Dios. Oh Dios mío, que me has traido tan misericordiosamente junto a Ti para que siempre pudiera estar mirándome en tu hermosura infinita, enseñado por la fe, y estuviera ofrecido a

tu amor. No tengo que vocear para comunicarme Contigo; ni tengo que esforzarme figurándome que estáis allá, arriba, donde yo me imagino el cielo, sino que me basta con recogerme en mí y miraros en mi interior y estar atento y hablarte muy callado y silencioso al oído, no apartando los ojos de mi alma de Ti mismo dentro de mí, presentándote lo que soy, lo que paso, lo que necesito, mis dificultades, mis ansias de Ti, ofreciéndome, pidiéndote. Y esto quiero hacerlo siempre y en cualquier trabajo que realice, ya sea en el estudio, o en la limpieza, o en el campo, o en la oficina, o en medio de la gente, porque siempre estás en mí amándome y quiero estar siempre en Ti ofreciéndote todo mi amor.

Amar tan infinita hermosura será eternamente mi dicha y quiero que lo sea también al presente; amándote ahora aprendo a mirarme como un cielo anticipado, que Tú ya llenas y embelleces. En Ti, cielo verdadero de quien en Ti se recoge, quiero pasar mi vida. Dame ojos limpios, pureza de alma, afecto encendido, recta y perseverante voluntad, para que te vea mi fe y ella sea mi guía y la caridad la norma de mis acciones.

Vive, Dios mío, complacido en todas las almas religiosas que se te han consagrado; vive amoroso y agradado en tus sacerdotes haciéndoles santos; inclina a todos los hombres a vivir esta vida para que canten tus alabanzas en tu amor.

Yo por todos te amo y te alabo con las palabras del Profeta: *Alabad todas las obras del Señor al Señor; bendecidle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos.*

Alma mía, bendice al Señor y bendigan todas mis entrañas al Señor.

Yo quiero y, fortalecido con tu gracia, determino vivir siempre lo más recogido y silencioso y en la mayor soledad, al menos espiritual, que me sea posible, amándote y meditando las palabras de tan regalado amor que me dices por mi Santo Padre: «Yo soy tuyo y para ti y gozo de ser tal cual soy (Dios infinito en toda perfección) para ser tuyo y para darme a ti.»

Mis ansias son de verte pronto en la luz de tu gloria y mientras llega esa dichosa y esperada hora estaré atento a mi interior mirando en mí tus grandezas y perfecciones y pidiéndote tu amor para recoger todas las ondas de amor que tengas a bien enviarme y ofreciéndome a Ti como lámpara de amor hasta consumirme en tu presencia divina.

DECIMA LECTURA - MEDITACION

(Primera del día quinto)

Dios labra amorosamente y llena al que se niega a sí mismo

182. He abrazado libremente el estado religioso siguiendo el llamamiento divino. He escogido vivir en mi sagrada religión, en mi Carmelo, para vivir consciente y amorosamente en la compañía y en la presencia de Dios; para vivir la vida de amor de Dios y que mi vida de aquí sea como antesala y principio de la otra feliz prometida por Dios en el cielo y que yo espero me dará. Ha sido tanta la delicadeza del Señor en cuidar de mí y en amarme que me ha grabado en el alma una continua aspiración hacia El y me ha dado una insaciable sed de vida de luz, de eterna felicidad, de amor más alto e intenso, que sólo El puede darme y me dará en el cielo ya para siempre.

Todos mis propósitos, todos mis esfuerzos y mis actos han de tener por fin prepararme para aquella vida dichosa; he de vivir muy santamente en mi

interior para tener las virtudes en el exterior y hacer méritos y atesorar amor y riqueza de vida eterna. Vivir ahora en Dios para vivir después en El glorioso.

Como la vida eterna es vivir total y perfectamente en el gozo de Dios y verle ya en su esencia y sin velos en su gloria continuamente, debo vivir ahora también en la presencia de Dios sin interrupción, pues con su ayuda me será posible, a pesar de mi pobreza. Es mi obligación de religioso vivir en recuerdo de Dios y en ofrecimiento actual de amor.

Puedo decir que esta pobreza, debilidad y miseria mía, que palpo, no solamente no es obstáculo para vivirla, sino ayuda grande; porque la debilidad del débil y la necesidad del necesitado obligan a estar continuamente pidiendo a quien puede darle el socorro, y sólo mi Padre celestial puede socorrerme en esto. Dios mío, a Ti clamo en mi necesidad hasta ser atendido.

Se dice ordinariamente que el religioso sale del mundo y renuncia al mundo y a sus atractivos y disipaciones mundanas para vivir sólo en Dios y para Dios y a la manera divina. Bendita salida y renuncia si se vive como se dice, porque con ella se llega a la santidad y se obtiene ganancia tan maravillosa. Por la profesión me renuncio y dejo a mí para tener a Dios; dejo el mundo y el trato y comercio de personas y cosas mundanas para comprar cielo y tratar y poseer al mismo Dios. El solo pensarlo parece demasiado atrevimiento, pero ha sido enseñanza y consejo dados por el mismo Dios y ha prometido darse El mismo a quien renunciare todas las cosas y se negare a sí mismo por El. Si Dios lo ha

prometido y es ésta su voluntad, como ciertamente lo es, debo atreverme a decirlo y debo denodadamente esforzarme por vivirlo.

183. Oh Dios mío, cada día me parece siento deseo más intenso de darme en todo a Vos y adelantar en la vida espiritual y tener más vida interior; por lo mismo quiero cada día renunciar más perfectamente las cosas y las personas del mundo y deshacer mi amor propio. ¿Cuándo conseguiré éste mi deseo? Porque hasta el persente veo con dolor y humillado que no adelanto nada ni en las virtudes ni en la vida interior ni está viva en mí la presencia de Dios, y cada vez me veo más seco, inhábil y miserable en todo bien.

Algo parece me consuelo oír esto mismo a almas que tengo por espirituales y leerlo en los escritos de los Santos. Santa Teresa de Jesús, mi Madre, lo encarece hablando de sí misma y añade que cuando lo recuerda se la caen las alas del aliento.

¿No serán verdaderos, Dios mío, estos grandes deseos que siento de vivir santamente, de amaros abnegadamente y de amor por Vos y en Vos a mis hermanos? Cuando me invade la aridez parece que todo lo espiritual me es indiferente. ¿Me habré salido de vuestros caminos de amor y de perfección?

Todo lo he dejado por Vos y renuevo el deseo de renunciar a todo y millones de veces lo renovaré; renuncio a todo por vivir sólo para Vos y en Vos. Seáis Vos siempre mi compañía y mi amor. Queréis que me una más a Vos mismo y os tenga más presente en mi flaqueza y en mi pobreza y que sepa negarme más a mí mismo, experimentando que has-

ta en pequeños defectos no puedo vencerme a mí mismo sin una gracia especial vuestra. Sólo en Vos debo confiar y acudir a Vos.

¡Es triste que mientras vivimos en la tierra no podemos ver cómo están nuestras almas y cómo se desarrollan en ellas el amor y las virtudes y la gracia! ¡Qué alegría me da pensar que en el cielo veremos claramente la exacta e íntima realidad, mediremos y veremos la intensidad y hermosura del amor y de la gracia y de las virtudes de cada alma y veremos la esencia misma de las cosas! Allí, al veros a Vos ya en vuestra esencia, veré también claramente la realidad de mi alma y del amor que os he tenido y de las virtudes que he practicado y del cielo que con mi fidelidad haya ganado; allí veré en Vos mismo el amor que tengo a los demás y que los demás me tienen a mí y me gozaré en su gozo y ellos en el mío. Allí mutuamente todos nos veremos en Vos el amor que nos tenemos y el que cada uno os tiene y nos gozaremos y alabaremos a Dios en el amor de todos.

Aquí en la tierra nunca estoy sin temores de si me encuentro en gracia o en desgracia de Dios; allí ya veré mi alma en Dios sin temor de jamás perderle y gozaré del amor y de la posesión de Dios; veré a Dios en dicha y en felicidad para siempre. Una de las razones que movían a Santa Teresa de Jesús a desear morir era porque ya desaparecía el temor y entraba en la seguridad del amor de Dios, y así hablando con los bienaventurados dice: «¡Oh almas que ya gozáis sin temor de vuestro gozo y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fue vuestra suerte. Alcanzadnos... a entender el

gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar.» Porque allí veremos clarísima y gozosamente el inmenso amor de las almas a Dios y de las mismas almas entre sí y en Dios. Sólo pensarlo goza mi alma con gozo inexplicable.

Aquí en la tierra nos está oculto casi todo y no vemos nada con claridad y seguridad. No vemos si amamos y cuánta es la intensidad de nuestro amor; no vemos si adelantamos o retrocedemos en las virtudes y en la vida interior; por esto siempre estamos con temor de no tener el amor que deseamos y aun de no estar en el amor o gracia de Dios. ¡Dios mío, si viera yo que os agradaba y cómo adelantaba mi alma en la belleza de la virtud, con cuánta intensidad me entregaría a vivirla! ¡Qué fácil me parece me sería, con vuestra ayuda, dejar toda otra cosa, por agradable que me fuera, para entregarme con toda mi decisión a agradaros a Vos, practicar la virtud y crecer en el amor! Todo el mundo me sería como nada y fealdad ante Vos y la virtud.

Me he consagrado a Dios en el estado religioso para ser todo de Dios en mi persona, en mi voluntad, en mis aspiraciones y deseos, en mis pensamientos y amores, en mi exterior y en mi interior; me he consagrado para negarme a mí mismo y mirar sólo a Dios y mirar las demás cosas a través del amor de Dios y de su luz y su voluntad. Para que viviendo de este modo pueda el Señor transformarme en amor y unirme a El en su amor. Pero Vos veis, Señor mío, mejor que yo mismo cuán flaco y ruin soy. ¿Qué puedo ofrecerte yo, que nada tengo, sino mi flaqueza, mis faltas y deficiencias, mis po-

brísimos deseos y esta oración mía que hago muchas veces medio adormilado y siempre poco recogido? ¿Cómo podré ofreceros las virtudes que aún no tengo?

184. Pero esto que tengo os ofrezco humillado, para que Vos me lo convirtáis en virtud y en amor y acudo a vuestra infinita generosidad. Jesucristo me ha dicho en el santo Evangelio que Vos le disteis todas las cosas y que El me da a mí todas sus cosas y me las da para mí y se me da El mismo. Esto, Dios mío, os ofrezco y doy, que es la dádiva más grande que puedo ofreceros. Os doy lo que me dais. Os doy vuestro mismo amor infinito y eterno, que vale más que todos los mundos y que todos los santos. Os amo con ese mismo amor vuestro, como me lo mandáis. Os ofrezco el amor de mi Señor Jesucristo, y su vida y su pasión sacratísima y su sangre bendita, pues me las da para que yo pueda dároslas como mías; os doy su cuerpo y su alma, junto con su divinidad, pues se ha quedado lleno de amor en la Eucaristía y se me entrega para que yo pueda haceros tan alto y rico ofrecimiento.

Oh Dios mío, qué bien mostrasteis que me amabaís con amor infinito, pues me disteis vuestro Verbo Eterno y vuestra infinita Sabiduría para que os la pudiera dar en amor! ¡Oh Jesús, qué tesoros de valor infinito pones en mis manos para que yo los pueda ofrecer como míos al Señor! ¡Puedo amar a Dios con el mismo amor de Dios, porque amorosísimamente me lo dio para que yo lo hiciera mío y se lo ofreciera como mío! Aún más: quiere que yo me

haga luz suya, recibiendo luz de su luz y vida de su misma vida.

Amorosísimamente me enseña esta doctrina mi Santo Padre Juan de la Cruz cuando escribía: No quieras nada de tu ruindad, nada de tu ignorancia, nada de tu bajeza, nada de la tierra, pero procura hacerte todo luz de Dios, todo misericordia de Dios, todo transparencia y limpieza de Dios, todo sabiduría y amor de Dios, tu Padre celestial; ésta es vida de cielo: ésta debe ser tu vida.

Todo esto me pone en la presencia de Dios y me enseña a vivir vida de Dios. Todas las obras, todos los acontecimientos, todo cuanto se me manda y dispone me lo manda mi Padre celestial. El está en mí y yo estoy en Dios infinito.

Los padres de la tierra —si pueden y son acomodados— buscan para sus hijos buenos maestros y buena formación, aun cuando no siempre lo consigan. Mi Padre celestial quiere ser El mismo mi Maestro y formarme; quiere estar siempre en mí por amor, como lo está por su ser, y que yo no me aparte de El. Me da su amor y me pide mi amor. Más aún, con su amor se me da El mismo. Dios mío, que yo siempre quiera darme a Vos y de hecho me dé, con voluntad decidida.

Tanto las personas como los sucesos y las circunstancias que por mí pasan son instrumentos de que se vale mi Padre celestial para enseñarme, enriquecerme y hermosearme. Todas las cosas están en las manos de Dios y todo lo dirige y encamina para mi mayor bien. ¡Con cuánto amor y ternura debo yo amar esa mano divina, y con cuánto respeto y afecto besarla viéndola presente!

185. En el santo Evangelio leo estas palabras de Jesucristo: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.* El que no se niege a sí mismo, muriendo en su apreciación y fama, no puede ser discípulo de Jesucristo; no puede llegar hasta El uniéndosele en amor y haciéndose un ser con El. La negación de sí mismo o el morir a sí mismo que se nos manda es más fuerte aún que las *nadas* tan temidas de San Juan de la Cruz, o son, por decir con más propiedad, las mismas *nadas.* Y son ciertamente palabras de Jesús y enseñanzas fundamentales de luz, como todas las palabras de la Verdad Eterna.

La vida que he escogido vivir yo en el retiro de mi convento y en el silencio de mi celda; la vida que el mismo Jesús me ha presentado en el misterio del claustro y en lo sagrado del coro, es negarme a mí mismo para vivirle a El y en El; negar mis apetitos y curiosidades, mis gustos y deseo de honra, para vivir la vida de Jesús, la misma vida y el mismo amor de Jesús en la pobre y pequeña casita de Nazaret; la misma vida y santidad de Jesús en el trato interior y de continuo amor y entrega a su Padre Eterno. Vida de no interrumpido ofrecimiento de amor y de continua aceptación.

Si aún no vivo este amor, este ofrecimiento y aceptación y esta vida es porque aún «*amo personas y cosas y prefiero personas y cosas*»; aún busco satisfacer mis gustos y tengo mis complacencias y distracciones; aún me dominan mis apetitos. Si me hubiera ya negado, como verdadero y buen religioso, mi oración, a pesar de mi flaqueza, sería oración de Dios y mis obras y mi vida serían de amor de

Dios. En Dios tendría mis aspiraciones y mi corazón; buscaría a Dios y atendería a Dios huyendo de mi disipación vana porque Dios no sólo no se niega, sino que sale al encuentro de quien le busca cuando ve total y perfecto rendimiento de la voluntad. Porque Dios «no parece aguardar más que a ser querido para querer.»

No puedo ni dudarlo: si yo me hubiera ya negado, Dios se me habría dado a Sí mismo dándome su oración, aun cuando alguna vez me dominase la flaqueza y el sueño, como se dio a los apóstoles en el Tabor. ¿Cómo oraban y cómo amaban los apóstoles a Jesús? La noche sagrada que precedió a su Pasión benditísima, cuando Jesús instituyó el Sacramento del amor y les dio sacramentalmente su mismo cuerpo, y les habló las finezas más amorosas y admirables; cuando rodeaban ansiosos camino de los Olivos al Maestro, escuchando los misteriosos secretos nunca oídos, y las moradas de la casa celestial, llegan al huerto silencioso y apenas puestos en callada oración, a pesar del embeleso de las novedades sobrenaturales que acaban de oír, a pesar de que estaban llenos de Jesús y de su doctrina, se quedaron dormidos, sin que les fuera posible vencer el sueño. No por esto dejaban de amar a Jesús ni Jesús dejó de amarlos. Y aun despertándolos Jesús y hablándoles, volvían a dormirse hasta tres veces en breve tiempo.

186. Otro día vio Jesús a los apóstoles fatigados del bullicio de las gentes y necesitados de oración, y llamando a los tres predilectos los guió a lo alto de un montecillo para orar a solas en el silen-

cio de la noche, y también los tres fueron vencidos por el sueño a poco de recogerse en la oración. ¡Y eran los escogidos de Jesús, y los que más se destacaban en el amor que le tenían! Pero Jesús no los dejó ni se fue de con ellos, antes los miraba como un padre mira con amor a su niño dormido y les hacía participantes de su oración. Y cuando dormían se apareció ante ellos transfigurado, lleno de luz, en compañía de Moisés y Elías, despertándoles la luz del resplandor de Jesús, llenos de asombro y de admiración.

¡Cuántas veces, oh mi Jesús, me duermo yo en mi oración y Tú tienes que hacerme participante de tu oración, y lo haces amoroso, porque sabes muy bien que te amo y voy a la soledad y busco el silencio para amarte más, a pesar de mi pobre naturaleza somnolienta! ¡Y cómo tengo que avergonzarme y humillarme de quedarme dormido mientras vengo a orar con fervor, por no ser mi amor ardiente! Pero Tú sabes, Señor, que a pesar de mi sueño te amo y quiero estar solo Contigo, vivir tu vida y amarte con todo mi amor. Suple la pobreza de mi oración y lléname de virtudes y enséñame a morir a mí mismo.

Un día mientras oraba la sierva de Dios Benigna Consolata, se veía vencida por el sueño, y pidiendo al Señor no dormirse la dijo: «Yo te compadezco», pero no la quitó el sueño ni dejó de agradar a Dios. Si el sueño me vence después de haber luchado, Dios mío, te ofrezco esta humillación. Pero he de luchar y esforzarme, como los apóstoles, y si soy vencido, humillarme, procurando ganar ese tiempo con una mayor presencia de Dios y más fidelidad en el ejercicio de las virtudes, reconociendo mi nada.

Leo de muchos Santos que pasaban noches enteras orando fervorosos; veo a muchos hermanos míos tan atentos a Dios que nunca se duermen ni en la oración ni en el Oficio Divino. Por mi parte tengo que decir avergonzado: «Es mi espíritu tan pobre y mi corazón tan lacio y frío que muchas horas he pasado dormido o adormilado delante de la presencia de Dios cuando debía orar.» ¡Qué confusión! ¿Será mi propósito de ahora tan firme y tan eficaz que no me vuelva a dominar la pesadez del sueño durante mi oración?

187. Pero mientras llega el momento de esa victoria debo aprovechar esta miseria mía para salir de la oración más hmillado, más muerto a mí mismo, más dispuesto a ejercitar la virtud, más ansioso de conservar la continua presencia de Dios y de ganar durante el día el tiempo perdido con la mayor diligencia de espíritu para salir más dispuesto a no desaprovechar ni una sola ocasión, y más sediento de fidelidad y de humillación. ¿No es justo y necesario me anonade ante Dios y ante los hombres y ante mis hermanos de mi poco espíritu y mucha indolencia?

Oh Dios mío, ya que no cumplo en la oración la alta misión para que me habíais tan amorosamente escogido, me esmeraré en serviros con mayor fidelidad durante el día; escogeré todas las humillaciones que se me presenten, me abrazaré con los menosprecios y con todo lo bajo y abatido durante el día, y me esforzaré en llevar continuamente mi atención durante el día en vuestra imagen en recuerdo humilde, suplicante y agradecido; no apar-

taré mis ojos de los vuestros y mi cuidado será serviros a Vos en mis hermanos.

También las involuntarias flaquezas de la naturaleza pueden ayudarme a teneros más presente y a amaros más. Todo me enseña a morir más perfectamente a mí mismo para que me llenéis más larga y cumplidamente de Vos. Llenadme, Señor, ayudándome a vaciarme de mí. Si me determino a ser constante en negarme y morir a mí mismo, todo lo veré y recibiré como venido de vuestra mano y dirigido expresamente para mí. Dios obrará su obra en mí y me llenará de Sí.

188. Mi Padre San Juan de la Cruz me dice que vengo a la religión para que todos me labren, pero dirigidos por Dios, que está presente e invisible. No puedo ni dudar de ello. No son los elementos; no son los hombres superiores, iguales o inferiores los que obran por sí sobre mí, sino que Dios es quien dirige los unos y los otros para mi bien, aun cuando me parezcan adversos y me sean dolorosos. La fe me enseña que Dios en lo íntimo de mi alma me está continuamente diciendo: «Te quiero para que seas viva imagen mía; para esto te he escogido y traído a este taller mío. Yo mismo te voy a labrar.» En mi silencio debo meditarlo y cada día recogerme más en Dios.

Estoy en las manos de Dios, artista soberano que, lleno de amor hacia mí, me va a convertir en imagen suya, si no me salgo de sus manos. El artista labra con amor y entusiasmo su obra y la tiene amor. El artista quiere hacer una obra bellísima, para complacencia y gozo suyo y para admiración

y gozo de cuantos la conozcan. El artista tiene su idea propia y genial y escoge sus instrumentos aptos para labrar la imagen de modo maravilloso e inesperado.

El bloque de mármol o el tronco de madera va recibiendo los golpes duros o delicados de la mano del artista; va perdiendo sus rudas formas naturales y va adquiriendo otras nuevas de belleza; el bloque se va transformando a los golpes sabiamente dirigidos y que él recibe. El bloque no se queja ni aun se mueve; se deja transformar y embellecer. El artista no le toca directamente con sus manos, sino que va escogiendo instrumentos duros con que le moldea y le pule hasta formar la imagen con la expresión y actitud que desea.

He puesto mi alma y mi cuerpo y todo mi natural en las manos de Dios y ofrecido a su libérrima y bondadosa voluntad. Mi Padre celestial, artista soberano, quiere labrarme maravillosamente y grabar en mí su idea, que es su misma imagen, y comunicarme su vida. Mi Padre celestial va escogiendo los instrumentos más aptos y oportunos para pulirme, labrarme y transformarme. ¡Cuánto tenéis, Dios mío, que quitar y pulir hasta transformarme! Sé que los golpes vienen de tu mano, vienen para mi embellecimiento, para hacerme hermosa imagen tuya, y aun cuando me duelan quiero amarlos y abrazarlos. Labradme y obrad en mí con toda libertad. Quiero estar bien muerto a todo sin mirar quién me golpea, pues es vuestra mano quien dirige. Así obraréis en mí con más amable voluntad. Si no estoy bien muerto, no os dejaré formar en mí vuestra imagen.

Labradme. No me dejéis de vuestra mano hasta que sea perfecta imagen vuestra.

189. Arrancadme el amor propio y poned vuestro amor en mí. Mi amor propio soy yo: nada, flaqueza, fealdad. El amor de Dios sois Vos: todo bien, omnipotencia, hermosura, santidad. Llenadme de Vos.

No quiero conformarme con los deseos o impresiones que momentáneamente siento en el corazón. Quiero la verdad de las obras. Si no me dejo humillar ni me abrazo con la obediencia y el menosprecio, si no me retiro de lo mundano y disipador para esconderme en Vos, no son verdaderos mis deseos; tan sólo son sueños e ilusiones de la imaginación sobre lo que quisiera ser. El que dice tener grandes deseos de ser perfecto y arder en el amor de Dios y no se abraza con estas virtudes ni se da de lleno al trato con Dios, lo que tiene es un muy crecido amor propio adornado de ilusiones quiméricas, no de verdadero amor de Dios, y sueña en una santidad quimérica sin obras de virtudes, engañándose a sí mismo hasta creer que tiene deseos verdaderos de santidad.

Un consejo muy práctico y eficaz me da San Felipe de Neri para no dejarme engañar de esta ilusión y vivir la verdad. Dice el Santo que se hagan en la oración propósitos de recibir desprecios e injurias, injusticias y malos tratos y de callar a todo y ofrecerlo en silencio a Dios; entonces el alma se afianza en la virtud, se prepara para practicarla y crece en verdaderos deseos. Solía el mismo Santo terminar todas sus pláticas con estas palabras como resu-

men de la santidad: *Obediencia, humildad, desprecio.*

190. Sabré y querré practicar todo esto si vivo bajo la mirada amorosa de mi Padre Celestial y le miro en mí mismo como infinito, inmenso, todo bondad y hermosura; todo está en mí, porque es acto purísimo y simplicísimo. La fe me enseña que El es quien obra en mí; que todo lo dispone El en mí y para mí. Ante esta realidad de Dios infinito viviendo en mí y obrando maravillosamente en mí. ¿cómo me faltará voluntad para posponerme a todos, para humillarme a todos y en todo? ¿Cómo no estimaré las injusticias que crea se me hacen y aun los malos tratos que pudiera recibir? ¿Cómo andaré pretendiendo una vana y loca fama y estima o amistad de los hombres? ¿Qué se me da a mí de todo el mundo y de todos los hombres y aun de los ángeles ante esta compañía, presencia y amistad de Dios? ¿Qué son tdas las criaturas por altas y encumbradas que me parezcan y qué es todo el universo y qué la aclamación de los hombres ante Dios infinito y criador de todas y de todo?

Y este Dios infinito y perfectísimo está en mí y vive en mí y lo dispone todo para mí. Me conoce y me ama mejor y más que yo a mí mismo. ¿No querré recibirlo todo de su mano, mirarlo como regalo de su amor? Y he venido al claustro para no tener trato con el mundo y para morir a mí mismo y vivir la vida sobrenatural; para ser humilde y recogido y vivir en Dios y su amor. He venido para estar muerto a mí en las alabanzas, y en los desprecios y aun hasta en las persecuciones si el Señor me en-

contrara preparado para permitírmelas, y lo estaré si vivo todo en el Señor. Sé que en el momento en que haya muerto perfectamente a mí mismo y acabado con mi amor propio, en ese mismo momento hará el Señor su unión de amor conmigo. ¿Cuándo, Dios mío, moriré perfectamente?

¡Qué santificadoras son la oración de fe y la presencia de Dios por fe! La fe ilumina y asegura los caminos del espíritu. La presencia de Dios por fe, al mismo tiempo que levanta y sobrenaturaliza todas las acciones, las facilita y viste de encanto. La fe me hace ver y palpar mis defectos, me da humildad y arrepentimiento, me hace conocer mejor mi nada y aumenta mi confianza en Dios, porque me muestra a Dios, que me extiende su mano protectora, limpia mis defectos, santifica mis acciones y recoge todas mis obras para divinizarlas. Por ninguna caída que tenga debo impacientarme, sino humillarme conociendo que eso es lo propio mío, y poner los ojos en Dios suplicante, contrito y humilde, porque El sacará bien hasta de mi caída, si de esta manera la recibo.

Señor mío y Dios mío, que os mire siempre en mí envolviéndome y dentro de mí, obrando vuestra obra de santificación. Algunas veces quisiera sentiros y sentiros no como *mano esquiva*, sino como mano *blanda*, pero no hagáis caso de este mi deseo; quisiera mi alma sentir la seguridad de que os agradábais en mí; pero tampoco hagáis caso de este sentimiento, sino fortalecedme en la fe y en la confianza en Vos, que es lo que más os agrada y lo que más me aprovecha. Obrad vuestra obra en mí y arrinconadme en insensibilidad o temores, si es esta

vuestra voluntad, o dadme los golpes duros que sabéis necesito. Yo sólo quiero hacer en todo vuestra voluntad. Esta os pido.

191. Es verdad que en mi naturaleza hay debilidad e impotencia; debo sobrellevarlas y aun conformarme luchando contra ellas hasta que una especial gracia del Señor me fortalezca y otorgue el triunfo; nunca debo rendirme a ellas; pero no es menos verdad que frecuentemente me domina más que la debilidad, la desidia, el abandono y la flojedad. No me determino a luchar. Puedo y debo vencer esa desidia con la gracia ordinaria de Dios, y mientras no la venza no soy fiel a Dios ni correspondo a sus llamadas. Me falta determinación para dejar de mirar los halagos de las cosas y personas, y me apego a ellas. Debo valerme de lo externo en cuanto me ayude para vivir lo interior y subir a lo sobrenatural. Bien me lo recuerda San Juan de la Cruz en la conocida estrofa:

> Olvido de lo criado,
> Memoria del Criador,
> Atención a lo interior,
> Y estarse amando al Amado.

Esta ha de ser tu vida, alma mía. De lo de fuera, de lo terreno, de las criaturas, de las personas, sólo debes servirte para subir a Dios, para vivir el bien según la voluntad de Dios y para ofrecerlo todo a tu Padre Celestial. Míralo todo en El y que todo viene dispuesto por su mano. Cuanto recibes lo recibes del mismo Dios, aunque directamente veas que lo re-

cibes de tu prójimo, o de tu hermano o de tu Superior.

Cuando no me conformo o cuando me impaciento es porque me falta la fe viva para verlo todo venido y dispuesto por Dios y la confianza en la Divina Providencia; es porque me salgo de las manos de mi Padre Celestial y procuro escoger lo que me agrada, que no siempre es lo que me conviene ni lo que me santifica. Si viviera de fe viva y me dejara guiar de la Providencia y abrazara todas sus disposiciones, todo me aprovecharía y alegraría, hasta los desconsuelos, hasta los que me parecen abandonos de Dios, hasta mis caídas y mi dolor por no adelantar. Convertiría de este modo la tierra en cielo y las lágrimas en gozo.

Porque me faltan esta fe y confianza juzgo ahora por imprudencias humanas el dejarme en las manos de la Providencia y el abrazarme con las mortificaciones que santificaron a los Santos. Dios mío, enseñadme a perderme en Vos y a no inquietarme en la adversidad, ni en el dolor ni en la pérdida de mi crédito o vana honra. Mi gloria sea hacer y aceptar vuestra voluntad y disposición. Enseñadme a confiar en todo en Vos, pues en vuestras manos están todas las voluntades de los hombres y todos los bienes materiales y sois Vos quien sustenta a todas las almas que se os han consagrado. Ni queréis que los religiosos nos confiemos de hombres determinados, ni que nos intranquilicemos haciendo nuestras peticiones a los hombres, sino a Vos, ni que seamos avaros en acaparar bienes de tierra ni desconfiados de que nos falta lo necesario. Para que sólo confiemos en Vos nos dijisteis que dejaramos todo

lo que teníamos, se lo diéramos a los pobres y os siguiéramos. Vos sois nuestro sostén y proveedor.

192. Quiero y determino abrazar vuestras disposiciones y no escuchar a mi entendimiento cuando me proponga razones para salirme de esas disposiciones. Vuestra altísima y sapientísima Providencia es la que me guía y la que todo lo ordena para bien de mi alma y sabe muy bien lo que más me ayuda a santificarme. Cuando mi amor propio pretenda hacerme ver que soy pospuesto, que no me comprenden, que se me humilla y se me hace injusticia, que se me da lo más trabajoso y peor, ¿acaso Dios no me comprende y sabe cómo ha de tratarme? No suele ser verdad, sino fantasía exaltada de mi amor propio; pero aun cuando lo fuera, como lo fue muchas veces en los Santos, ¿acaso no es el Señor quien ordena todo eso para mi bien? ¿Acaso no me hice religioso para imitar a Jesús en sus humillaciones, en estar clavado injustamente en la cruz, en ser obediente hasta la muerte y en estar escondido y confiado en Dios? ¿No sé muy bien —y lo aconsejo a los demás— que estos son los caminos que más rápidamente santifican al alma y la transforman en unión de amor con Dios?

Mientras dura mi tribulación o mi prueba, quiere mi inteligencia hacérmelo ver todo a la luz de la humana prudencia, que es pura tiniebla y equivocación, y como si el Señor me tuviera olvidado. Pero la fe es el guía segurísimo que me dice constantemente y sin titubeos: *confía en el Señor*. Ya llegará el momento de ver al mismo Señor como en el Tabor y oiré clara y gozosamente de los labios de la

misma verdad: *Yo soy*. ¡Qué paz, qué dicha trae al alma ver a Dios en todos los sucesos favorables o adversos y cómo con ello progresa el alma en la virtud y crece en el amor! Siempre experimentaré ser verdadero que «después que me he puesto en nada, hallo que nada me falta».

Enseñadme, Dios mío, a sobreponerme a los razonamientos de la prudencia humana y del amor propio, que nunca se limpia ni levanta de la tierra. Dadme la prudencia sobrenatural, que es la confianza en Vos, que santifica y transforma en vuestro amor. Si Vos sois la alegría de los ángeles del cielo, ¿cómo podéis ser tristeza para el alma que se os entrega confiada? Vos lo sabéis todo y todo lo ordenáis para mí bien.

193. El que ama a Dios y en Dios confía, tiene un gozo que nadie le puede quitar. A Santa Teresa dijísteis para consolarla: «No temas, hija, nadie te arrebatará de mis manos.»

¿Quién será tan poderoso que pueda sacarme de las manos de Dios si yo me escondo en El y no quiero salir? Podrá amenazarme el demonio o la tentación, la sequedad o el menosprecio; podrán lanzarse desencadenados sobre mí todos los elementos y me sentiré conmovido por mis pasiones o pisoteado de todos o, lo que es más temible, ensalzado con adulación, pero si estoy en Dios y me llena el amor de Dios, ¿qué me importa todo lo demás? ¿No lo renuncié al hacerme religioso? Y si estoy en Dios por viva fe, ¿quién podrá separarme de la caridad de Cristo como me enseñaba San Pablo?

En las almas de Dios y con la luz de la fe se aca-

ban todos los temores que torturan e intranquilizan, porque son temores nacidos del amor propio y muy pueriles; tales son pensar si no me quieren, si no soy lo apreciado que debo, si no caigo en gracia y me posponen o no me estiman. Alma mía, ¿pero abrazaste el estado religioso y dijiste renunciabas a todo para terminar ahora fijándote en esto? ¿Es posible ni siquiera concebir que dejaste el mundo y a los tuyos para ahora dejarte llevar de vanas amistades y complacencias y las antepones a tu oración y vida de recogimiento religioso, que es anteponerlas a Dios? ¿Cómo es posible ni pensar que te arrastren los libros o las curiosidades —que no hubieras conocido si no fueras religioso— hasta el extremo de abandonarte en la observancia, en el retiro y de precipitar tu rezo ante Dios? ¿Es posible que en tu oración hayas hecho actos y propósitos de humildad, de acompañar a Dios, de imitar a Jesucristo y de las demás virtudes, deseando te desprecien y te levanten alguna injuria para asemejarte al Señor? ¿Pues cómo te impacientas? ¿No habías abrazado y besado el crucifijo? ¿Qué te dijeron los labios de Jesús con su contacto y qué su corona de espinas?

Pero ¿qué es y qué se puede confiar en el aprecio de los hombres o en su desestima o menosprecio? Quiero vivir en Dios y para Dios, porque lo que me importa es el aprecio de Dios. Lo natural sería que los hombres me despreciaran; sé yo muy bien que eso es lo que merezco; esto me lo debía proponer y pedir al Señor. Pero todo será como el Señor quiera y disponga. Dios es el que levanta y abate. Pues en Vos, Dios mío, solamente en Vos, quie-

ro confiar. A Vos me entrego y ofrezco; haced en mí o deshaced, según os plazca. Yo en Vos confío y abrazo todas vuestras disposiciones y me gozo en estar con Vos acompañándoos, tratándoos, sirviéndoos y alabándoos.

194. Si sentimos todos espontánea alegría cuando tratamos y conversamos con una persona querida y agradable de condición, con la cual congeniamos, ¿no sentiré yo inmenso gozo, muy superior a todo otro gozo, en estar con Vos y en tratar con Vos? ¿En abriros mi corazón y en pediros vuestro amor y cielo?

Sé que no me habéis llamado Vos al convento para perderme, sino para santificarme, para hermosearme con virtudes y luego llevarme a vuestro cielo. Tengo sed y ansia de vivir en vuestra luz y vivir vuestra vida de gloria; guiadme a Vos. Cuando la luz de la transfiguración sobre el Tabor dio en los ojos a los apóstoles dormidos, se despertaron y no se preguntaron, como otras veces, quién sería el primero, sino que fuera de sí por la agradable emoción dijeron: *Levantemos tres tiendas y estemos aquí Contigo.* ¡Qué bien se está con Dios cuando se le ama y se desea amarle!

Dios ilumina y llena de bien al alma que le busca y le acompaña. A pesar de los defectillos y del sueño. Dios la humilla con ellos para quitarla el amor propio y luego llenarla, y levantarla y darla el abrazo del amor infinito. Si yo le busco, si me recojo y acompaño al Señor interior y exteriormente, y le hablo, y me ofrezco y le pido, Dios también me llenará a mí de Sí, y acabará con mis ruindades. Dios

me dará su gracia, su riqueza, su amor y su vida. A Vos me entrego, Señor.

195. Y siempre se me presenta clarísima la misma verdad: que lo que importa es la vida de dentro, la vida de recogimiento y de trato con Dios, porque ésta produce las virtudes y es la vida espiritual. El perfecto religioso vive esta vida santa y espiritual.

¿Y qué es vivir la vida espiritual sino vivir la vida interior, estar en el abrazo de Dios, ejercitar las virtudes, vivir la vida de amor de Dios, la vida de luz y de claridad y seguridad en el recogimiento y trato con Dios? ¿No es mi obligación vivir esta vida en mi convento? ¿Qué puede ver nuevo el que ve al que ve y tiene todas las cosas? Esta vida es la de mayor alegría y de mayor paz, pues es paz de Dios, alegría de Dios y confianza en el Omnipotente.

Esta es, Dios mío, la vida que yo deseo y os pido; ésta la que propongo vivir con todo mi esfuerzo y vuestra ayuda en lo que me concedáis de vida. Si de verdad lo procuro, me concederéis que venza todos mis defectos y flaquezas o Vos los venceréis en mí. Confiaré en Vos para los triunfos del espíritu y no menos para los externos y materiales, porque sé que Vos os ocupáis de proveer a los que sólo se ocupan de amaros a Vos. Y falta la debilidad del hombre a su palabra, pero nunca la vuestra. Ni queréis que aun para las cosas materiales ponga la confianza en los hombres, sino en Vos.

Sueño con darme todo a Vos y vivir esta vida vuestra y en Vos. Si otras veces lo he propuesto y aún no lo he logrado, ni terminado con mis faltas,

no debo desalentarme ni desconfiar. La santidad no es obra de un momento ni de un día, sino de la continuidad, de la constancia, de la humildad y de la confianza en el Señor. Porque quizás confiaba demasiado en mí, era muy justo no triunfase; porque yo soy la debilidad misma, y la inconstancia y era apoyarme en mi debilidad quebradiza. En adelante confiaré en el Señor sin extrañarme de mis caídas; pues aunque permita que las tenga para que aprenda a ser más humilde, Dios me dará el triunfo a su tiempo y se me dará a Sí mismo.

196. Ni la ciencia, ni los libros, ni los hombres pueden darme esta vida espiritual, como no pueden darme ni el amor ni la santidad. Es Dios quien sólo puede y quiere dármelos y me ha llamado al retiro del claustro para dármelos. Pero me exige verdadero retiro, aislamiento, recogimiento de las criaturas, despego de las cosas y de los hombres; me exige compañía callada con El, que es todo lo contrario de la disipación, de la curiosidad, del regalo, del amor propio, que hasta ahora han sido mi ruina y el obstáculo de mi oración y de mi presencia de Dios.

Palpo en mí la verdad de lo que me dice Fray Luis de Granada: «Para esta soledad y recogimiento interior, ayuda mucho la exterior, procurando el hombre excusar, cuanto le sea posible, todas las conversaciones, visitaciones, pláticas y cumplimientos de mundo, cuando no fueren por Dios, donde se pierde tanto tiempo y donde tantas veces se desmanda la lengua, y el ánimo vuelve a casa lleno de tantas imágenes y figuras, que cuando quiere reco-